

¿ ESTOY MUERTO?

¿ ESTOY MUERTO?

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1999

¿ ESTOY MUERTO?

¡ Esto es un error, un terrible error! Lo peor es que no me puedo comunicar con nadie por más esfuerzos que hago. ¡ Por Dios, que deje de llorar mi mujer! Con sus gritos menos van a poder oírme si logro articular alguna palabra o sonido.

Hace un momento el médico me declaró muerto, totalmente muerto. “El electrocardiograma ya no marca ningún registro del corazón. Se detuvo”, dijo. Pienso que debe tener razón, ya no siento dolor y tampoco siento ninguna parte de mi cuerpo, mi tórax no se mueve y no escucho mis latidos. ¿ Entonces por qué permanezco aquí? No hablo de mi cuerpo, es obvio que no se ha ido. Hablo de mi alma, o lo que sea. Ya debería estar en otro lado, muy lejos. Aunque pensándolo bien, si sigo escuchando lo que sucede afuera, viendo más allá de mis narices y oliendo el perfume de estas mugrosas flores que me pusieron encima, quiere decir que no estoy muerto.

¿ Estoy o no estoy? Sé que “ To be or no to be” se puede traducir también igual, pero que quede claro que no me estoy fusilando a Shakespeare. En su texto quiere decir “ Ser o no ser” No “ estar o no estar” ¿ Queda claro?. Bien. Sigo.

¿ Seré un caso más de catalepsia? Esa enfermedad en que parece uno muerto. Si es así, ojalá y alguien se de cuenta antes de que me entierren. No quiero asfixiarme bajo tierra.

Ya no escucho los llantos de mi mujer, de seguro la sacaron del cuarto, de este cuarto de hospital donde pasé tantas semanas.

Ahora unas mujeres me desvisten sin fijarse si me hacen daño, parece que están moviendo a un muñeco. ¡ Cuidado, me van a romper un hueso o a luxarme el brazo! Ellas ríen. Les hizo gracia la posición en que quedé al voltearme. Ahora platican anécdotas de otros muertos. Una le dice a la otra

¿ ESTOY MUERTO?

que se apure, que es la hora del café. Qué asco, el algodón que me metieron en la boca me produce náusea. Sabe a una mezcla de comida con sangre pasada. ¡ Fúchila! Oiga, oiga, qué hace. Ese reloj y ese anillo son míos, no tiene por qué quitármelos. ¿ Me escucha? ¡ Ratera!...¿ Y ahora cómo voy a saber la hora? No sé cómo contratan a estas mujeres. ¡ Señora, escúcheme, ese traje no, me queda enorme, es de cuando empecé con el cáncer. Y menos esta corbata, no va con nada. En el closet tengo otras! Bueno, sea por Dios.

¡ Bestias y más que bestias! No me aprieten tanto los párpados, me van a sacar los ojos. Les prometo cerrar la boca pero quítenme este trapo. A ver, para qué me amarran los pies si no me voy a poner a bailar y menos me voy a ir corriendo. No puedo. ¿ También las manos? No, no me las pongan así, es de lo más cursi que he visto en mi vida. No estoy orando. ¡ Suéltelas! No. Inútil. No me escuchan. ¿ Qué dicen? ¿ Que quedé muy guapo? Ni la burla perdonan. Pues ustedes están bien feas. Feas y gordas. Feas, gordas y quedadas. Eso sí que sí. Guapo era yo antes del cáncer pero esta maldita enfermedad me hizo perder veinticuatro kilos, los ojos se me hundieron, la piel se me hizo fofa, la barriga, que era mi orgullo, desapareció. Y para qué seguir. ¿ Y así se atreven a llamarme guapo? Mentirosas. En lugar de decir mentiras deberían tener más cuidado al moverme. No les digo, por poco y me tiran al pasarme a la camilla. Claro, ahora me tienen que poner la sábana sobre la cara para que no vea a donde me llevan, como si me pudieran engañar. Sé que me llevan al anfiteatro. ¿ Pero para qué? El médico dijo que no era necesaria la autopsia, que la causa de la muerte era muy clara: cáncer pulmonar diseminado a todo el cuerpo. La causa última fue un paro cardíaco. ¿ Pero a cuál muerto no se le para el corazón?

Qué largos son los pasillos. Ahora debo ir en un elevador. Los mozos les hacen bromas a las enfermeras, uno de ellos las invita para un reventón el

¿ ESTOY MUERTO?

sábado siguiente. Ellas aceptan encantadas. Y a mí que me lleve el diablo. Los tipos ni siquiera voltearon a mirarme.

Si las enfermeras me parecieron unas salvajes, cómo puedo calificar a los hombres que sin la menor consideración me toman de los pies y de las axilas para meterme al refrigerador? Mi cabeza golpea contra el metal pero eso a ellos no les importa. Preguntan mi número y después de escribirlo sobre una tele adhesiva lo pegan sobre mi sábana. En este lugar se pierde el nombre y vuelve uno a ser número, como en el nacimiento. De un fuerte aventón me meten hasta el fondo del refrigerador y cierran la puerta.

Pensé que iba a sentir frío, pero nada. Ni frío ni otra cosa. Seguramente que este lugar debe apestar terriblemente, pero yo no huelo. Tampoco oigo nada. Será por estar aislado.

Si realmente padezco catalepsia en este lugar tengo por fuerzas que morir. Un cuerpo vivo no puede resistir tanto frío ni la falta casi total de oxígeno. Pero no, la muerte no quiere llegar. Sigo aquí. Contemplo lo que tengo descubierto de mi cuerpo. La piel es de color morado y pálido.

¿ Cuántas horas permaneceré refrigerado? Aquí me aburro. No puedo hacer nada ni oír nada. Me contaron que el pelo y las uñas siguen creciendo al morir. Me voy a fijar si es cierto. ¿ Pero con qué medirlas?

¡Al fin! La luz que entra por la puerta abierta me deslumbra. Ahora son otros empleados los que me sacan fuera. Deben haber cambiado de turno. ¡Qué barbaridad! Estos son peores. ¡ Zas! Dije zas porque no sé imitar el ruido que hizo mi cuerpo al caer sobre la plancha. ¿ Qué hacen ahora? Ah, ya veo, buscan en todos los bolsillos con la esperanza de encontrar algo. Pero que chasco se llevaron. ¡ Oígame, el cinturón no, se me van a caer los pantalones! Les traté de gritar. Uno de ellos fue a guardarlo en un cajón, dijo que era de piel de caguama. No es cierto, era de piel de camello, que no es lo mismo. ¿ Y

¿ ESTOY MUERTO?

éste que entra ahora qué quiere? Pregunta si ya está listo el 346 MIR. Me imagino que debo ser yo pues no veo a otro. El número debe corresponder al orden progresivo, pero las letras ¿ qué querrán decir? Todo el tiempo que duró el trayecto del hospital a la funeraria sólo pude pensar en esas letras. Dejé de fijarme en el tránsito, en las gentes, en los anuncios. Mis iniciales no son MIR, son JMA. Juan Martínez Alvarado. ¿ MIR querrá decir muerto y remuerto o muerto y resucitado?

Los gritos de mis familiares, al hacer mi entrada triunfal en la capilla me distrajeron de esa meditación. Mi mujer se abrazó a la caja y no dejaba avanzar a los empleados uniformados en negro. Afortunadamente vino mi suegra que pudo separarla. Reconozco que la señora se ve bien. El negro la adelgaza un poco. Hace varios meses que no la veo, desde aquella vez en que tuvimos esa discusión por culpa de mi mujer. Yo aceptaba que mi vieja se pusiera a trabajar, pero ella terca en que no, que la mujer debe estar en su casa. Fue inútil explicarle que yo tenía cáncer y que mi mujer tenía que aprender a ganarse la vida. Ella terca que no. Que nadie en su familia, del género femenino, había trabajado, que su hija no iba a ser la primera en rebajarse tanto. Ignoro todavía por qué se ofendió cuando le dije que si quería mandar a alguien que mandara a su marido que para eso lo tenía ya bien entrenado y que a mí me dejara en paz. Ella se marchó muy indignada y no volví a verla. Aquí entre nos, mi suegra ganó aquella vez. Mi mujer olvidó sus planes para trabajar.

No están mal los cuatro cirios. Las llamas tiene un agradable brillo y su movimiento es tranquilizante. Dicen que ponen velas para ahuyentar a los malos espíritus. Las que no me gustan son las flores. ¿ Por qué tienen que ser blancas? ¿ Por lo de la pureza? ¡ Idioteces!. Prefiero las coronas, bueno, las dos coronas. Dos es plural, que no se les olvide. No quise decir doce o veinte.

¿ ESTOY MUERTO?

No soy mentiroso y menos presumido. Una es de mi oficina, con su moño morado. ¿ Quién la pagaría? ¿ Mis compañeros o el gerente?

Ah, jijos, cuánta gente está llegando. ¿ No se habrán equivocado de capilla? No, parece que no. Hasta me voy a sentir gente importante. Pero casi no conozco a nadie. Está mi tío Rubén y mi tía Pepa, está Margarita, Leonor y ¿ quién es aquella de pecho grande? No puede ser. Si está con mis tíos debe ser Rebeca. Cómo se ha puesto. ¿ Y los de más allá, cerca de la puerta? No alcanzo a verlos bien desde aquí. Ya los vi, son con los que juego dominó los viernes. ¡ Hola!. Claro, no contestan a mi saludo. ¿ Y los demás? Y conste que digo los pues son puros hombres. Sólo uno o dos traen corbata negra, los demás parecen traer uniforme, no por lo igual del corte sino por el mal gusto. Trajes claros, camisas oscuras y corbatas de colores llamativos. La mayoría porta lentes oscuros. ¡ Qué curioso! Ninguno se acerca a mi esposa a darle el pésame, todos se dirigen a mi concuño y le dan fuertes abrazos y le dirigen largos discursos con cara de ocasión. ¿ Tendrá esto que ver con el puesto de diputado que tiene? No lo creo.

¡ Vaya, hasta que llegaron! Son mis hermanos con sus rollizas esposas. Pensé que me iban a dejar sólo con mi familia política. Ahora corre mi mujer hacia ellos. Está por desmayarse. No lo hace. Grandes llantos, abrazos, besos. Ahora es mi suegra la que se acerca. Hipócritas. Todos lloran y ven hacia acá. Ahora les da un beso. ¡No puede ser! Si se odiaban entre todos.

No podía faltar al chisme. Aquí está la mocha de mi prima María del Consuelo. Con que no empiece....¡ Ya empezó! No, yo no quiero rosarios ni misas. Qué se los rece a otros, no a mí. La maldita estará pensando que me voy a ir directamente al infierno por todo lo que hice en mi vida y por no haberme puesto hoy los santos oleos. Ya se hinca en el suelo y hace que los

¿ ESTOY MUERTO?

demás la imiten. Ahora pone los brazos en cruz. “ Ora pro nobis, ora pro nobis”

¿Ahora qué se traen? ¡No, no lo acepto! Que mis familiares protesten. A mí no me hacen guardia los políticos estos. ¡ Retírense! ¡ Retírense!

¡ Hola, señor Enríquez! No me mire con esa cara tan seria. Sé que por dentro estará feliz, bien que deseaba mi puesto. Pues ya tiene el campo libre. Sólo falta que lo acepten. No seré yo el que le impida su ascenso. Por más que quiera no podré platicar a sus futuros jefes de sus transas. Sí, sé bien como se siente. Gracias por su visita. Adiós.

Mi querida Margarita. Ahora es tu turno de observarme a través del cristal. No llores. Yo sé que tú sí me apreciabas, y quizá hasta que me amaras un poco. Tú siempre me gustaste. y si no hubiera yo sido un cobarde...Cuántos años pasamos juntos en la oficina, cuántas oportunidades tuve de decirte lo que me gustabas. Pero nada, yo sólo te daba órdenes. Perdóname, pero ya no hay remedio. Quisiera poder darte las gracias por las horas que me acompañaste en el hospital. Eras de los pocos consuelos que tenía. Mi deseo es que llegues a ser feliz. ¿ Me entiendes? Adiós para siempre, dulce Margarita.

Ya me extrañaba que no empezaran con los chistes. Es difícil controlarse para que no se note la risa. Seguramente son chistes de políticos. Ahora ya son de otros. Todos se ponen colorados. Ese ha de ser el color de los chistes. Las cabezas se acercan para oír mejor. Vaya, al fin estallaron. Debe ser el chiste del rinoceronte que les conté la última vez. Es buenísimo.

Otra vez se acercan a mí. ¿ Es que no me pueden dejar en paz? Menos mal que son los amigos y no los otros. No, yo no...gracias, pero yo...no, tampoco hice eso...De todos modos, gracias. Es bonito que lo alaben a uno, que digan que fuimos buenos, honrados, cariñosos, inteligentes, probos...así

¿ ESTOY MUERTO?

me llamó uno que vino, magnífico trabajador y mejor amigo, buen padre, buen esposo, buen vecino, buen, buen, buen.. Nadie habla mal. Es una maravilla.

Ya deben ser las dos de la madrugada. En la capilla quedan sólo mi mujer, su hermana y mis dos hermanos con sus respectivas. Una de ellas está dormida en un sofá tapada con su abrigo, la otra platica con mi mujer. Le ha de estar preguntando lo de la herencia, si dejé bien o no los papeles, que a quién le dejé mi coche.

Buen servicio el de esta funeraria. Los empleados acaban de salir después de dar café, cambiar ceniceros y controlar las velas.

¡ Ya era tiempo! Pensé que mi mujer ya no se iba a acercar a mí. Lo hizo cuando llegué al velatorio pero después se dedicó a platicar por aquí y por allá. Por sus ojos enrojecidos veo que ha llorado. Pero ahora que me contempla largamente no sale ninguna lágrima. ¿ Estará pensando en mí o en su futura soledad? De seguro que va a irse a vivir con mi suegra, lo difícil va a ser que se entiendan. Esa es su bronca, no mía.

Querida esposa mía. Hace tiempo que no puedo contemplarte así, como ahora. Nuestras miradas se rehuían. Si yo quería verte a los ojos tu volteabas la cara. Ahora es diferente, Tú me contemplas casi sin pestañear y yo puedo examinarte a placer. Aún eres bella, no la belleza que me volvió loco en mi juventud, sino una belleza más madura, más señorial. ¡ Cuánto te ame en los primeros años! Después vino lo que ya sabemos. Tu infertilidad, la influencia de tu familia, mi trabajo, tus grupos sociales, el enfrentamiento entre los dos y después la muerte. No esta. La muerte de nuestro amor. Al morir nació el odio, la incomprensión, la burla y la agresión. Pero ya eso es pasado, te juro que te perdono todo: tu ambición, el no haberme dado hijos, tu hipocresía social, tus mentiras, tu agresión. Te lo perdono no porque yo sea muy bueno,

¿ ESTOY MUERTO?

mucha de lo que pasó fue culpa mía. Te perdono al recordar nuestro noviazgo y los años en que fuimos felices. Espero que tú también me perdones. Tu mirada en este momento es otra a la usual en ti. Me recuerda cuando me mirabas después del acto amoroso. Quizá tú estés pensando lo mismo que yo. Es posible que te apene mi muerte. Te deseo para el futuro, no un matrimonio, ya que a tu edad tendría que ser con un viudo, y tú no estás para cuidar a enfermos o viejos, eso lo demostraste conmigo. Mejor te deseo varios amantes, aunque los pagues, que puedan satisfacer tu ego. Gracias por las lágrimas que ahora derramas y que estoy seguro son sinceras. De mí quiero que recuerdes el tiempo en que te amé, olvida todo lo demás. Ahora vete a descansar que mañana, o más bien dentro de pocas horas, vas a necesitar fuerzas para soportar mi entierro. Adiós, mi primer amor.

Ahora todos duermen. Me pregunto que si lo que me sucede a mí les sucederá a todos. Mi alma, o espíritu, ya debería estar en el cielo o en el infierno, eso si estos existen, y no aquí. Veo que mi cuerpo se empieza a hinchar, que a pesar de los algodones fluyen de mi nariz y de mi boca líquidos seguramente malolientes. Para los demás ya no soy una persona sino que soy simplemente una cosa. En pocos días seré un recuerdo y un poco más de tiempo nadie me recordará. Soy un poco de carne y huesos en proceso de descomposición.

Antes de morir tenía miedo al más allá. Ese mismo miedo que me hizo regresar a las prácticas religiosas durante mi enfermedad. Pero ahora ya no me preocupa ni el pasado ni el futuro, menos el presente. Cuando mucho siento curiosidad. Curiosidad de saber cuanta gente vendrá a mi entierro, curiosidad de saber que va a ser de mí, saber si mi alma permanecerá junto a mi cuerpo hasta que este desaparezca y a dónde irá después.

¿ ESTOY MUERTO?

Qué pronto amaneció. Continúo hinchándome y ya abarco todo el traje que antes me quedaba flojo. No fue error de las enfermeras al escogerlo, ya sabían. La cara empieza a descomponerse. Eso no es tan común. Será por lo del cáncer. Vaya usted a saber.

Otra vez se llenó la sala. Mi prima organiza los rosarios, un cura dice misa de cuerpo presente, apartan las flores y me conducen a mi carroza fúnebre. Llantos. Paseo lento por la ciudad. Los automovilistas se desesperan y tocan sus bocinas por la lentitud. El panteón. Tumbas ostentosas a la entrada. Nuevos rezos en la capilla. La fila de deudos es larga y mi mujer marcha a la cabeza sostenida por su madre y por mi cuñado. Ultima bendición al pie de la tumba, mas bien al lado de ella. Ultima mirada a los que lloran. Yo quisiera hacer lo mismo pues esta parte de la ceremonia siempre me conmueve. Descenso lento. Unos obreros se paran sobre mi caja y empiezan a colocar ladrillos. Oigo como la tierra cae primero lentamente y después en grandes cantidades. Todo se vuelve oscuro. Un último impulso para salir y reunirme con los vivos. Es inútil. Empiezo a no coordinar mis ideas, todo se me hace borrosa. Ahora vienen por...

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1999